



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10585

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 d.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 14 DE DICIEMBRE DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin 61; y J. Jones, Ránbourg-Montmartre, 31.

ACADEMIA MUÑOZ-IZQUIERDO

PREPARATORIA PARA TODAS LAS CARRERAS ESPECIALES, MILITARES, CIVILES Y DE LA ARMADA
17, CALLE DE BALCONES AZULES, 17
CARTAGENA

Resultados obtenidos en el año 1896, primero de su existencia
ALUMNOS APROBADOS:

En Infantería.—D. Luis Giménez y D. Félix Conesa, (concurso de Mayo); don Julio Segura y D. Enrique Casas, (id. de Noviembre).
En Administración Militar.—Don Joaquín Basilio, D. Eduardo Lafuente y don José Corrales, (concurso de Noviembre).
En Ingenieros de Minas.—D. Bernardino Rolandi.
En Arquitectos.—D. José Conesa y D. Mario Spottorno.
En Infantería de Marina.—D. Alfonso Albacete.
En la Facultad de Ciencias.—D. Joaquín Bello.
En el Instituto.—D. Daniel Gantes, D. José Macián, D. José Sotero y D. Enrique Giménez.

RESUMEN.—De 20 alumnos que tuvo la Academia en dicho período de tiempo, fueron aprobados 16, algunos de los cuales ingresaron en Infantería preparados en siete meses.

Se admiten internos.—Pidanse reglamentos.

DENTISTA ITALIANO

DR. OVIDIO GIENI COMASTRI

CARMEN, 43, PRINCIPAL.

Dentaduras artificiales en todos los sistemas.

Consulta permanente y á domicilio.

CARMEN, 43, PRINCIPAL.

RIOJA

Vino superior á 10 pías. docena de botellas.

Por la devolución de cada casco se abonan 25 céntimos.

Depósito: Plaza de Sevillano, núm. 1, (al lado del Teatro Maiquez).

MATERIAL AGRICOLA

Prensas para vinos.—Bombas para riego, riegos, lavar y rociar plantas.—Norias para pozos, movidas á vapor.—Máquinas para taponar y limpiar botellas.—Espinillo artificial para cercados.—Arados de vertedera.—Desgranadoras de maíz.—Vías férreas, wagonetas, plataformas, cambios, etc., para transporte de frutos.—Asadas, legones, picos.—Tuberías de manga y otras.

CAMILO PEREZ LURBE
21, CASTELLINI, 12.

EL AFILADOR ERRANTE

Andaba por ahí, á la ventura, de pueblo en pueblo, como si lo guiara el viento, tan pronto á uno como á otro punto cardinal, y había logrado hacerse en cierto modo universal, con una popularidad extraña.



Era un viejo sucio, astroso, mi-

serable, vestido de andrajos, grisiento, encorbado por la edad proveya, quizá en los ochenta y seis a noventa años, con un obscuro rostro de barro cocido, terminado en una barba blanca enmarañada como la arisca maleza de una loma. Bajo las alas del mugriento sombrero le relampagueaban los ojillos del gato, vivos, aviesos y pronlos. Tenía una extraña y enronquecida voz y todo él resultaba un aguilucho, trayendo á la memoria las siluetas retorcidas de los achacosos judíos alemanes, inmortalizados por Hoffman.

No se trataba, sin embargo, de ningún mendigo. Al anciano errante, alborotando con un ruido estruendo de herraje flojo y mal trabado, seguía un extravagante tren constituido por dos hermosos perros negros arrastrando un carrito sobre el que se erguía un tripode coronado por una piedra de afilar. El viejo encorbado y menudo como un gnomo, se dedicaba á sacarle el filo á cuchillos y navajas, amenizando la faena con una cancioncilla rufanesca, entonada con voz de sochantre.

Esta circunstancia, agregada á lo singular de su silueta, había concluido de afianzar su popularidad por las aldeas. Apenas repercutía en el aire el estruendo de armon de artillería, que producía el vehículo tirado por los perros al rodar por los cantos, asomaban los vecinos á las puertas de las casas y no se pasaban cinco minutos sin que el velusto amolador se encontrase rodeado de chiquillos y de comadres que alargaban algún mendrugo á los canes, y refían á carcajadas las coplas picantes y las maliciosas piruetas de aquel enano, que pedía un sitio en un torreón de cualquier leyenda rianiana.

Su gran pasión, la última de su vida, eran sus dos perros. Llevábalos limpios y relucientes; á cada paso estaba arreglándoles los tirantes para evitar que se lastimaran; les daba agua apenas se detenían y antes que de la suya, se cuidaba de la alimentación de la pareja canina. El primer bocado de pan se lo llevaban siempre los

dos animales. Y los besaba como



si se tratara de personas. Cuando tenía reunidas en torno varias mozas, frescas y jóvenes, el viejo gnomo les cantaba sus más picarescas coplas y terminaba amenazando con descargas un beso en el hocico que mas le placiese. Dispersión general. Las chicas se desbandaban gritando y riendo, pero sin alejarse mucho, para ver á la que tocaba sentir sobre sí los labios de momia del octogenario. Pero el osculo de aquel siglo caía sobre uno de los chuchos, al que se abrazaba con mil extremos, excitando la hilaridad de las gentes.

Más cuando había que oír al afilador era recitando leyendas de damas encantadas y caballeros salvadores. Poníase entonces sombrío y grave, le fulguraban los ojillos, la barba se le estremecía y



más que nunca parecía el viejo monstruo de la lengua barba blanca, solitario en su castillo roqueño, defendido por un dragón y prolongando su vida en fuerza de sorber la sangre de las doncellas que conseguía llevarse á su morada señorial. Al fin de alguna de estas relaciones, lanzaba un agudo grito que los perros coreaban ahullando, mientras las gentes se estremecían, preguntándose instintivamente con hondo terror, si no sería el mismo el ogro que mataba las vírgenes y que recorría las aldeas en su busca, oculto bajo tales pingos para escogerlas sin despertar sus zozobras.

La idea hizo camino empujada por la superstición del pueblo. Ocurrieron dos ó tres incendios en varios prados, murieron de garrotillo algunas criaturas; abortaron ó malparieron distintas mujeres y la fantasía rural se acordó enseguida del afilador lúgubre. Las coplas rufanescas no pudieron contrarrestar á las leyendas tétricas. La gente empezó á decir que antes de el viejo visitara las aldeas no ocurrían tales cosas, y el anatema fue lanzado. En cuanto apareciese apedrearle. Así sucedió. Llegó un

día á un lugar y apenas fue visto, cayó sobre él un diluvio de cantos



de á kilo. Si no retrocedía á escape lo lapidan. Y cosa singular. Sin teléfonos ni teléfonos, cundió tan rápidamente la noticia por la comarca toda, que concluyó por no poder aproximarse á poblado.

Su vida se hizo entonces más de gitano, más errante, más difícil. Vagando por los caminos siempre, apenas si aflaba algún cuchillo al paso, en las posadas, con lo que resultaba punto menos que imposible proporcionarse comida y agenciársela á los perros, que se iban quedando con solo el pellejo. Había que emigrar y un día tomó carretera adelante, acariciando á los canes, hablándoles con mimo y sonriéndoles para animarles. Pero estaba escrito que aquella existencia no duraría mucho. Una vez



le sorprendió al extraño convoy en pleno campo una tormenta formidable, y cayendo una chispa, quizás atraída por el herraje del tripode, dejó tendidos á los dos perros y al viejo. Cuán pobre hombre volvió á la vida, miró á su alrededor aturdido, y ya más sereno, descubrió su artefacto de las piedras hecho trizas y sus canes inmóviles en el suelo, carbonizados.

—¡Muertos!—gritó sollozando. Arrastróse hasta ellos, los abrazó, se acostó á su lado, y destruidos sus ochenta y tantos años por el supremo dolor, allí quedó sin vida, entre los extraños despojos que obstruían la carretera.

Alfonso Pérez Nieva.
(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

Porque Maceo pasó la trocha, embarcado según su médico ó con sus ayudantes según el diario de operaciones encontrado sobre el cadáver del caudillo, dice un periódico:

«Un suceso fortuito ha pedido más que todos los planes del general Weyler y que todas las obras de urbanización del general Arolas.»

Y añade «El Tiempo»:

«La frase hará fortuna, porque la trocha no ha servido para gran cosa.

En cambio ha costado muchos hombres y muchísimo dinero.»

Nos parece que este último colega es demasiado injusto.

La trocha habrá servido para poco.

Pero si no f era por ella no habría ocurrido ese caso fortuito que ha celebrado toda España.

Y aun andaría por ahí Maceo con sus negradas de Oriente quemando cañaverales y volando trenes.

El Sr. Imbrini, diputado de la Cámara italiana, ha presentado en esta una proposición de homenaje á Maceo.

Ese caballero Imbrini, al presentar su moción, se ha puesto de un solo salto á la altura de Culom.

Por supuesto, los demás diputados han declinado el honor que les brindaba su colega para ponerse por bajodel nivel del cabezalla mulato.

Por lo cual se ha quedado con un palmo de narices el admirador de Maceo.

«La Publicidad» de Barcelona estoquendo al «bicho Culom» que ha rotó plaza en Washington.

«Ha afirmado Culom que España es un pueblo de ladrones.

Y es que él es como las chicas esas que á las mujeres honradas les llaman lo que ellas son.

¡Un país en el que empleados, particulares, pueblo y tribunales de justicia prestan ostensiblemente culto á Caco, hace bien en motejar á los demás pueblos de la enfermedad que él padece!

Mr. Culom nos quiere robar Cuba y nos llama ladrones á nosotros.

Vamos, hombre, que eso no es tener de aquí ni de acá.

Esa estocada hace innecesaria la puntilla.

Con dos patadas en el apellido tiene bastante el Culom ilustre para que lo arrastren las mulillas.

Sale otro toro á la plaza que no tiene buena traza.

¿Qué ha de tenerla si es Mr. Call?

De salida, arremet contra nuestro derecho á retener Cuba y babea el siguiente mugido:

«No existe motivo alguno para aplazar el reconocimiento de la independencia de la isla de Cuba.»

Pero, señores, ¿qué mal razona ese tocinerol!

No conozco un embustero más grande que Mister Call.

TROPAS A FILIPINAS

Casi no ha terminado de embarcar la expedición destinada á reforzar el ejército de Cuba y ya comienza á embarcar la que ha sido preparada para nutrir el ejército que combate en Filipinas.

Los regimientos han hecho el sorteo para formar el contingente que á cada uno toca dar al nuevo cuerpo de ejército que va á reducir la soberbia de los tagalos. Los trenes están preparados para conducirlos á los puertos de embarque. Los trasatlánticos están listos para llevarlos al otro lado del mar. El grito de ¡viva España! está suspendido en los labios esperando, para poblar el aire, que vibre en el espacio, en señal de despedida, el agudo silbido de las locomotoras desenfrenadas.

Mañana, una nueva legión de españoles se despedirá de sus familias y sacrificando sus continencias en el altar de la patria dejará á los suyos entregados á la pena y al lloro y trocará la paz del hogar y los gozos de la familia por las penalidades y peligros de la guerra. Dios bendiga y proteja á los que con ánimo esforzado y corazón sereno cumplen tan admirable sacrificio.